
Introducción y parte general

1.1. Prefacio a las ideologías contemporáneas

Manuel Andreu Gálvez y Leonardo Brown González

¿Qué es una ideología? Una ideología es un sistema de pensamiento que permite explicar la totalidad del universo a partir de ciertos dogmas o principios establecidos. A partir de esta definición, observamos que la ideología se caracteriza por su carácter a) racional, o racionalista, por cuanto a que pretende edificarse sobre postulados de la razón, alejados de la fe; b) universal, o totalitario, por ofrecer una metodología sobre la cual es posible interpretar el cosmos entero sin que se le escape cuestión alguna; y c) cerrado, o hermético, por cuanto a que fuera de los principios que establece como pilares de dicho sistema, no cabe ninguna otra explicación.

En un primer momento, cualquiera podría pensar que una ideología no implica en sí misma nada de negativo, y que todos los seres humanos necesariamente obramos en función de una ideología según el pensamiento de cada uno (por ejemplo, la definición que el diccionario de la Real Academia Española brinda tal suposición).¹ En este sentido, no se entendería de manera alguna la razón por la que este pequeño libro hace referencia a *los riesgos del pensamiento*, al proponer a las ideologías como peligros para el conocimiento.

Toda persona piensa en función de ideas que le trascienden, sea de forma consciente o inconsciente. El problema al que nos enfrentamos es que predomina la inconsciencia con respecto a la manera de pensar. Aun tratándose de quienes asumen

1. **Ideología.** Conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etc.

una determinada ideología con pleno conocimiento de sus postulados, y con mayor razón en quienes no, advertimos una problemática cuando se analiza detenidamente cualquiera de los tres elementos que hemos señalado como configuradores de la ideología: cualquiera de estos rasgos resulta bastante problemático para abordar el mundo, en toda su complejidad. ¿Por qué? Sencillamente porque el encontrar explicaciones que sean universales y totalitarias, y que a su vez se mantengan racionales, es abiertamente imposible.

Frente a esta pretensión de explicación universal del cosmos, encontramos la aceptación de la limitación de nuestras facultades naturales, lo cual sirve para comprender que hay mucho que simplemente no entendemos. Nuestra razón tiene un límite; hay mucho que nos supera. Por esta razón es que insistía Chesterton que «el hombre común siempre ha sido cuerdo, porque el hombre común siempre ha sido místico», en referencia al reconocimiento de aquello para lo cual el ser humano no puede encontrar una solución racionalmente justificable. Es así que el juicio sensato es aquel que reconoce sus propias demarcaciones, sin pretender estirar su capacidad a lo infinito, y por lo tanto, a lo grotesco.

Es en este terreno de lo grotesco en el que caben todo tipo de explicaciones, construidas a manera de sistema totalitario, como ya hemos señalado. La ideología es esa transgresión de lo natural, de las restricciones de las cuales la inteligencia no puede salir, por su esencia como facultad finita. Frente a la complejidad del mundo, la ideología ofrece una respuesta sencilla que trasgrede todas las leyes de la razón, muchas veces bajo fórmulas míticas que más que entenderse a partir del conocimiento, se explican dentro del ámbito de la creencia.

La ideología es una forma de entender al mundo bajo una cierta visión con una carga valorativa implícita, en la que de forma automática se asumen posturas frente a cualquier cuestión. Es así que, dentro de esta extralimitación grotesca, la ideología siempre implica el desarrollo de un razonamiento circular, en el que todo aquello que se ve en el mundo confirma empíricamente las propias suposiciones que se mantenían en un inicio. Finalmente, este es el motivo por el cual la persona ideologizada no se da cuenta de su situación; solamente mediante un lento y doloroso proceso de cuestionamiento y autocrítica es posible salir de este estadio cognoscitivo limitado.

El fundamento del prejuicio asumido por la ideología suele encontrarse en verdades parciales, o verdades a medias, las cuales se toman como criterio con el cual debe medirse todo el mundo que se conoce. Por ello es por lo que vemos en la ideología la confirmación de la afirmación sofista propuesta por Protágoras, en la que manifestaba que «el hombre es medida de todas las cosas», siendo el ser humano la norma de lo que es verdad solo para sí mismo.

En este sentido, también observamos que la ideología suele partir de determinadas corrientes filosóficas que le permitan adoptar ciertas posturas que favorezcan el subjetivismo. Dado el carácter problemático de estas formas del pensamiento, insistimos en que se trata de filosofías falsas, que niegan la posibilidad de conocer lo que el mundo es. El peligro de la ideología está en el abandono de la búsqueda de la verdad, dentro de la adopción de una actitud arrogante que dice tener respuesta para todo, bajo postulados supuestamente determinados por la razón.

Otro de los pilares de la ideología es el proceso gnóstico,² en el que se busca la superación de la fe por medio de la asimilación de los misterios del universo bajo un estándar racional. Dentro de esta visión, el ser humano será capaz de superar sus limitaciones al momento en el que se capte la realidad bajo una inspiración divina emanada de uno mismo; en una palabra: inmanencia. De esta forma, la ideología conduce fatalmente al endiosamiento, transformando al humano de un ser finito en una entidad trascendental. Ya no existe un orden dado para el ser humano, sino que el hombre es capaz de construir el mundo y de edificar su destino: este es el tránsito del *homo viator*, de la época medieval, que toma la vida como un camino a la vida eterna dentro de un orden dado, al *homo faber* racionalista y moderno, que procura lograr el paraíso terrenal bajo la idea de la utopía.

El camino de la ideología no se detiene en el *homo faber* descrito, que piensa todo en términos de racionalidad, sino que continúa su trayecto hasta llegar al *homo ludens* posmoderno, que vive para la concupiscencia y el placer. Nuestros tiempos son la época del posmodernismo, que ya no solamente muestra una sustitución de la fe por la razón, sino una desilusión generalizada respecto de los ideales mismos de la modernidad, sin que se proponga una modernidad diferente (Attali). Se trata del abandono de sí, para limitarse a un existir meramente vegetativo, o epicúreo, en el que la persona vive solamente para satisfacer sus placeres y evitar el dolor.

El resultado de todo lo anterior se percibe claramente en la concepción libertaria que toda ideología tiene, dentro de la cual se perciben los siguientes rasgos: a) la carencia de una distinción entre creatura y Creador; b) la falta de sentido de pecado; c) la reducción de la temporalidad al presente instante, sin recuerdo ni proyecto, y d) el hedonismo desenfrenado (Jesús Ballesteros Llompart). Ese es el residuo del endiosamiento del hombre, que se observa como una conducta infantil que reduce

2. Como bien ha explicado Ballesteros Llompart, «los gnósticos, en efecto, creían haber superado la necesaria oscuridad de la fe, a través del encuentro con el significado último y más profundo de la palabra de Dios, hasta tal punto que se creían poseedores de la verdad total, que implicaba a su vez la salvación y redención del mal».

el tiempo al instanteísmo, como en la posmodernidad que hemos descrito, en un *vivir al contado*, desconectado de toda noción del pasado y el futuro, en el que la vida humana queda reducida a la concupiscencia, limitado al estímulo y a la reacción, nunca a la definición del yo frente a la realidad: esto es, la prevalencia del instinto sobre toda noción de humanidad.

Insistimos en el hecho de que la ideología es un proceso inverso al de la fe, puesto que el pensamiento ideologizante asume la posesión de la verdad, a partir de la cual todo en el mundo se explica en términos racionales, dentro de un proceso de secularización. En el sentido opuesto, el hombre de fe es el que reconoce los límites de su razón, y que deposita su confianza en aquello que no entiende, en lo sobrenatural, puesto que excede las restricciones de sus facultades. Es así que el producto de la ideología es una persona fanática y egoísta, mientras que el producto de la fe, rectamente vivida y entendida, es la persona humilde.

Ya hemos manifestado que la ideología necesariamente es un proceso secularista, a través del cual se pretende sustituir lo absoluto, como la creencia en Dios, o la posesión de una fe en verdades sobrenaturales que están más allá de la posibilidad del conocimiento, por una serie de principios supuestamente fundamentados en la razón. La realidad es que, en gran medida, la ideología es el resultado de la sustitución de lo absoluto por el mito, mito que no puede cuestionarse en tanto constituya una meta-verdad instalada en el pensamiento común del grueso de la gente. Este es el caso de la mitología del progreso, entendido como *evangelio viviente del destino de la modernidad*, o como *religión de la humanidad*, utilizando la terminología de Comte.

Con todo lo antes dicho, un lector perspicaz podrá haber notado que la ideología resulta un instrumento perfecto para la manipulación del pensamiento, puesto que al tiempo que logra encajar el razonamiento de un determinado sujeto dentro de un cauce trazado *a priori*, le dota de satisfacción egocéntrica al ofrecerle una llave con la que pueda abrir todas las cerraduras que guardan los misterios del universo. Es así que, todo aquél que piensa en términos ideologizados es instrumentalizado sin que llegue a advertirlo, pues más que sentirse utilizado, lo que el sujeto genera es una extraña complacencia al destruir su propia capacidad para ofrecer respuestas fuera de las fórmulas prefijadas en su mente. En el sentido opuesto, es la mente crítica la que puede ver todas estas manifestaciones como cargadas de vetas ideológicas, y todo lo que se propone como verdad, se aprecia como una pseudoverdad que tutela solamente los intereses particulares de quienes se benefician de estos sistemas del pensamiento (Grossi).

Lo que tristemente se observa en la actualidad es el predominio de un razonamiento construido bajo el influjo de una o varias ideologías coexistentes entre sí de

manera irreflexiva. El fenómeno de las ideologías se encuentra íntimamente ligado a la masificación de la persona; el grueso de la gente cree tener respuesta para todo tipo de problema sin entender si quiera el por qué. Evidencia de este fenómeno la encontramos en la uniformidad del pensamiento bajo la cual toda persona ideologizada razona: mismas respuestas para los mismos problemas, independientemente de las variables que pueda implicar. Lo cual se entiende perfectamente una vez que se considera el carácter totalizador de las ideologías, lo cual no solo se refiere a su universalidad, sino a la influencia que tiene en la anulación en la originalidad y la creatividad de cada uno. El fenómeno antes señalado puede describirse como esa ineptitud constante del hombre para actuar por decisiones personales, siempre con la necesidad de pensar en compañía de otros y comportarse con los demás. El sumarse a un grupo es resolver el problema de la responsabilidad individual (Guzmán Valdivia).

En todo modo de vida totalitario, «la persona como ser individual carece de dignidad y consistencia. Su único valor radica en su perfecto ajuste con el grupo social determinado dentro del cual debe insertarse» (Ballesteros Llompart), de lo que se explica que, para la persona o para los grupos ideologizados, todo aquél que no piense en los mismos términos, se encuentra alienado con respecto a la pertenencia del grupo social. No hace falta ser experto para advertir que esta es la receta perfecta para la violencia y la anulación del otro, pues ni siquiera puede considerársele como persona digna si queda fuera del pensamiento hegemónico. Es dentro de estos términos que el totalitarismo de la ideología produce un predominio de la masa por encima de la individualidad personal, que se mantiene por el empleo de medios violentos, como la alienación, las denuncias anónimas, o, en su grado más extremo, la reclusión o abiertamente el homicidio, de lo cual tenemos una larga lista ejemplificativa en el siglo XIX y XX.

La libertad frente a la ideología se da en el tener una forma de pensar propia y exclusiva, en el ser discrepante. Esta autodeterminación del pensamiento resulta incómoda para todo tipo de ideología, sea cual sea el caso, lo cual explica que haya sido al seno de diversas ideologías que se hayan utilizado establecimientos psiquiátricos para liberar al disidente de su *error*, o que se le califique a todas luces como portador de una enfermedad irracional (en la actualidad, pensamos en el empleo de la palabra *homofobia*, frente a cualquier actitud de rechazo a la ideología de género, o el término de la *deconstrucción*, que postula implícitamente que solo vale aquel pensamiento que se amolda a las corrientes en boga).

La verdad está más allá de las ideologías. Ninguna ideología permite apreciarla de forma certera, pues el hecho de que se adopte algún postulado que sea verdadero

solo dentro de un determinado contexto y se aplique de forma absoluta y generalizada a toda cuestión vital, entraña una contradicción de magnitudes desproporcionadas. Si representáramos gráficamente a una ideología, insistiríamos en que se trata de unos lentes empañados que hacen ver la realidad solo bajo una determinada óptica viciada. Desideologizar una cuestión será ese esfuerzo por lustrar esos anteojos.

Por lo tanto, y a modo de recapitulación, hoy las ideologías quieren pasar a definir lo que es bueno y valioso (de Miguel). En ese sentido, te puedes identificar con unas más que con otras, pero en el fondo lo prudente es rechazarlas sin distinción. Hoy la sociedad se encuentra alejada de la naturaleza, hay un extrañamiento y escapismo en las relaciones sociales, las cuales son cada vez más inhumanas. En este aspecto, el reinado universal de la imagen por parte de los medios de comunicación ha creado un mundo imaginario que lo copa todo, y que nos diferencia a la vez de todos nuestros antepasados (Ullate).

El que sabemos poco de la realidad como seres humanos, no quiere decir que caigamos en el relativismo, sino que somos seres limitados. No se puede dudar de forma absoluta de la verdad, ni tampoco pesar que la poseemos de manera total (Ullate). Este autor navarro recuerda que Santo Tomás señala que la verdad existe, y no está dentro de nosotros sino fuera. En este sentido, no todas las opiniones valen lo mismo, pues cuando se investiga de un tema por largo tiempo y se descubren resultados, es muy gratificante. Por eso Santo Tomás dice que lo poco que hallamos de la realidad es muy valioso.

Según José Antonio Ullate, un punto que es insuperable para el hombre, y que hace veinticuatro siglos Sócrates ya apuntó, es el famoso «sólo sé que no sé nada», pues este es un punto de no retorno para la filosofía del que todavía no hemos pasado –y del que no podemos pasar–. Cuanto más se llega a conocer una cuestión, más lagunas se encuentran, y por muchas vueltas que le demos a ciertas cuestiones, hay límites que no podemos traspasar por ser lo que somos, seres humanos.

Así pues, la verdad es adaptar nuestro pensamiento a la realidad y no a la inversa, como sucede en las ideologías modernas cuando el relativismo y «mi verdad» se ajustan al medio. A lo que llamamos realidad –la percepción de la realidad– no se corresponde con lo real, pues lo real es mucho más que una falsilla que la intenta agotar (García Calvo). Al mismo tiempo, es una nueva realidad la que se ha instaurado, pues el paradigma de la ciencia moderna ha abolido todos los saberes antiguos (Russell).

Si la verdad se fundamenta en lo que cada uno cree según su conciencia, llegamos al relativismo, y dando un paso más al nihilismo –de tú verdad y mi verdad se

pasa a que todo es verdad y a la vez nada lo es³. Entonces, es importante tener claro que las ideologías no buscan la verdad, sino que son un subproducto de la realidad con presupuestos sesgados falsos, en donde la realidad se mutila para que las personas se adhieran a un pensamiento grupal (Ayuso en la línea de Karl Mannheim). Al mismo tiempo, no debemos olvidar que las ideologías son totalitarias, pues esa distorsión de la realidad que fomentan, junto con su forma de accionar la presión desde el anonimato, hace que la masa se escude en la protección del grupo, lo que deja indefensa a la persona que se contrapone a ellas (González Luna).

La ideología, a diferencia de la filosofía que busca la verdad intentando entender la realidad de las cosas, la adecúa a sus intereses. Justamente para MacIntyre, el mundo pasó del paradigma de la verdad al paradigma de la certeza, en donde en vez de preocuparnos por la verdad y la realidad nos preocupamos por construirla desde un escritorio y es por eso mismo que siempre fracasan, pues no conectan con la realidad tal cual es, sino que son construcciones dogmáticas de la misma.

La sustitución de un orden dado natural por un orden que propio hombre crea –esta es la raíz teológica que rompe el esquema de la realidad natural– es lo que impregna a todas las construcciones teóricas que se van a ilustrar en este libro. Así pues, las ideologías modernas tienen en una serie de rupturas del plano histórico y filosófico sus raíces, habiendo pasado ya más de cinco siglos de cuando se crean sus bases epistemológicas. En los inicios de la modernidad –en el final de la mal llamada Edad Media–, una serie de rasgos como son el antropocentrismo, el nominalismo, el voluntarismo, el individualismo, el subjetivismo, el influjo del gnosticismo, los inicios del secularismo, y posteriormente otros elementos como son el hedonismo, el cientificismo, el materialismo, el laicismo, el pelagianismo, el relativismo y el nihilismo nutrieron su fortalecimiento en nuestros días.

Para ilustrar este punto, nos parece muy interesante recordar que antes de la modernidad –este concepto es axiológico, filosófico, no histórico, pues Edad Moderna es un período historiográfico concreto, aunque en este caso, modernidad y Edad

3. El relativismo, que lleva al nihilismo y a la posverdad, significa que aunque la verdad exista, se impone esa frase actual de que mi verdad y tu verdad valen lo mismo. Como decimos, el hombre es un ser limitado y puede tener distintas perspectivas, pero la verdad existe y hay que hacer un esfuerzo por reconocerla y buscarla. No todas las opiniones tienen la misma validez. Hoy, en un ejercicio mental de engaño contra la razón, muchas veces nos hacemos la trampa al responderle a otra persona “bueno, esa es tu opinión, yo tengo otra”, engañándonos a nosotros mismos para no admitir el error. Esta implicación de la manipulación de la conciencia tiene a nivel histórico mucha relación con el libre examen (en tu conciencia te pones en paz con Dios) como afirma Juan Manuel de Prada.

Moderna llegan a coexistir al mismo tiempo– el pensamiento filosófico realista se ajustaba a la realidad natural. Pero a partir del nominalismo –que tiene en autores y teorías anteriores al propio Ockham sus antecedentes– se empieza a teorizar de manera abstracta una realidad que sienta las bases de la propia ilustración, con un dualismo entre el orden humano y el orden natural (Ullate).

Así pues, a diferencia de una libertad en sentido aristotélico, en donde la capacidad humana para obrar era dentro del ser y de la realidad de las cosas, en la modernidad, frente a esa libertad se encuentra el concepto de libertad hegeliana, que es la autodeterminación. El que el hombre tenga una libertad absoluta y el mundo obedezca a su voluntad es algo relativamente nuevo, y por eso la voluntad humana se convierte en definitoria de su propio objeto, sus propios límites sin que la realidad ontológica/biológica se imponga⁴ (de Prada).

Es así como todo es mudable, pudiéndose modificar nuestra realidad biológica por un rol social que al parecer hemos desarrollado a lo largo del tiempo, es así como se crean leyes que atentan contra la realidad del ser, sustituyéndose su naturaleza por construcciones teóricas, o se recurre a ella con fines políticos. En definitiva, la autodeterminación y el sentimentalismo, el voluntarismo y el individualismo tejen las claves ideológicas del mundo moderno como este escritor ha relatado con detalle en sus artículos.

Por poner un ejemplo potente de la actualidad que lo ejemplifica, en el caso del nacionalismo, esta ideología se ha convertido en una religión laica, que al igual que el resto de ideologías ha sustituido a Dios por las bases en las que se sustenta y pregona. Es por ese motivo que cuando tratas con una persona que está plenamente imbuida en una ideología como las que aparecen contenidas en esta obra, el que ataques a su movimiento es comparable para esa persona como si atacaras a su dios, pues su vida está ya tan secularizada que ha puesto su fe en ese constructo.

Como dice Tomás Pérez Vejo, las leyes crean estados, las leyendas naciones; la nación no es sino que se cree en ella. La historia no se puede ver con los anteojos del nacionalismo, al igual que no se puede ver desde la referida construcción patriarcalista, o desde el punto de vista de una lucha de clases constante desde el inicio de los tiempos. Pero para no desviarnos del ejemplo del nacionalismo, tanto los movimientos centrales como periféricos nacionalistas tienen en su base esta misma lógica racional moderna. Como muy bien destaca el ya citado José Antonio Ullate Fabo, mediante un ejemplo clarificador podremos observar la potencia que ha tenido esta

4. Si la realidad es contraria a mi opinión, «tanto peor para la realidad» (Hegel)